

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La princesa Ricitos de Oro

Érase una vez una princesa de largos cabello de oro. Se llamaba Ricitos de Oro.

Un joven rey de un país vecino había oído hablar mucho de la belleza de Ricitos de Oro. Y aunque nunca la había visto en persona, estaba locamente enamorado de ella. Por eso, envió a su embajador a



buscar a Ricitos de Oro para proponerle matrimonio. Pero la princesa no estaba interesada, así que rechazó la proposición y envió al embajador de vuelta. Cuando el embajador llevó al rey la mala noticia del rechazo, el rey se puso inconsolable.

En la corte había un joven llamado Encantador, que era más guapo y dotado que nadie en el reino. Todo el mundo lo quería, pero también había gente celosa a la que no le gustaba que el rey fuera íntimo amigo suyo.

Un día, Encantador oyó por casualidad a aquellos envidiosos hablando sobre el rechazo de la princesa. Sin pensarlo mucho, Encantador dijo:

—Si el rey me hubiera enviado con la princesa Ricitos de Oro, estoy seguro de que habría vuelto conmigo.

Corrieron directamente a ver al rey y le dijeron:

—Su Majestad, ¿qué cree que dijo Encantador? Que, si lo hubieran enviado a ver a la princesa Ricitos de Oro, la habría traído de vuelta. Cree que es más guapo que usted, y que ella se habría enamorado tanto de él que lo habría seguido a cualquier parte.

El rey estaba furioso y encerró a Encantador en su torre más alta.

Un día Encantador gritaba desesperado:

—¿Qué he hecho para ofender al rey? —el rey pasó por allí, abrió la puerta y Encantador se arrojó a sus pies diciendo—. ¿Qué he hecho yo para merecer este trato tan cruel?

—Te burlaste de mí y de mi embajador —dijo el rey—.

Dijiste que, si hubieras ido por la princesa Ricitos de Oro, la habrías traído de vuelta.

—Es cierto —respondió Encantador—. Quería contarle tantas cosas buenas sobre ti que no podría haberte rechazado. Pero no veo cómo esto es visto como una mala acción.

El rey comprendió que había malinterpretado las palabras de Encantador y lamentó la injusticia que había cometido con su amigo. Así que le preguntó a Encantador si aún quería ir a ver a la princesa Ricitos de Oro como su embajador y proponerle matrimonio en su nombre.

Encantador estuvo encantado de hacerlo por su rey.

A la mañana siguiente, Encantador partió en su caballo.

Una mañana, se detuvo en un arroyo. Allí vio una gran carpa dorada tumbada en la hierba. El pez jadeaba.

Había saltado demasiado fuera del agua mientras

perseguía una mosca. Y ahora estaba a punto de morir en la orilla. Con cuidado, Encantador recogió el pez y lo devolvió a la corriente. El pez nadó feliz de vuelta a la orilla, donde le dijo a Encantador:

—Gracias, me has salvado. Algún día te recompensaré por tu buena acción.

Al día siguiente, Encantador se encontró con un cuervo en gran apuro. El pájaro era perseguido por un águila enorme. Encantador sacó su arco y flecha y disparó al águila. El cuervo, agradecido, se posó en una rama y dijo:

—Encantador, has sido muy amable. No lo olvidaré. Algún día te lo pagaré.

Poco después, por la noche, cuando estaba tan oscuro que apenas podía ver el camino, oyó el ulular de un búho. Encontró al búho atrapado en la red de un cazador. Encantador cogió su cuchillo y cortó la red para que el búho pudiera escapar.

—Encantador —dijo el búho—, te agradezco que me hayas salvado y no me haya muerto. Algún día te lo pagaré.



Encantador había traído hermosas ropas, que se puso cuidadosamente antes de dirigirse al palacio. Llevaba bajo el brazo un perrito que había comprado por el camino.

—Encantador —repitió la princesa cuando le avisaron de su llegada—. El nombre promete mucho. Seguro que es guapo y todo el mundo lo quiere.

—Efectivamente, es verdad —dijeron a la vez todas las damas de su corte—. Lo vimos desde la ventana del ático y no pudimos hacer otra cosa que mirarlo mientras estuvo a la vista.

—Oh, ¿es eso lo que hacen todo el día? —bromeó la princesa—. ¿Mirar por la ventana a apuestos desconocidos? Vamos, tráeme mi precioso vestido azul y que alguien me peine. Quiero que me vea como la belleza de la que se habla.

Encantador fue conducido a la sala del trono y se distrajo momentáneamente ante la belleza de la princesa. Pero poco después se armó de valor y pronunció su discurso, pidiendo a la princesa que aceptara la propuesta de matrimonio del rey.

—Encantador —dijo la princesa—, me gustaría dar una respuesta, pero hace un mes estaba caminando junto al río con las damas de la corte. Cuando me quité el guante, un anillo se me resbaló del dedo y rodó hasta el río. El anillo es más valioso para mí que mi reino, y puedes imaginar lo triste que me sentí al perderlo. Juré entonces que nunca escucharía una propuesta de matrimonio a menos que el embajador me devolviera primero mi anillo.

Encantador se quedó muy sorprendido por esta respuesta, pero hizo una profunda reverencia a la princesa y se llevó al perrito a su residencia. Allí se fue a la cama sin comer nada. Su perrito, llamado Alegre, tampoco quiso comer y se tumbó a su lado.

—¿Cómo voy a encontrar un anillo que se cayó al río hace un mes? —suspiró Encantador—. No tiene sentido.

Me ha encomendado una tarea que sabe que será imposible.

Alegre lo oyó y dijo:

—Mi amo, no desesperes. Siempre tienes buena suerte. Además, eres demasiado bueno para no ser feliz. Vayamos al río en cuanto amanezca.

A la mañana siguiente, fueron juntos al río, donde oyó que alguien gritaba:

—¡Encantador! ¡Encantador!

Era la carpa dorada la que lo llamaba:

—Me salvaste la vida, y ahora puedo pagártelo. Mira, aquí está el anillo de la princesa Ricitos de Oro.

La princesa nunca creyó posible recuperar el anillo del río. Pero llegó Encantador y le dio el anillo, diciendo:

—Princesa, he hecho lo que querías. ¿Ahora sí te casarás con mi rey?

—Estoy muy sorprendida de que hayas encontrado el anillo —dijo la princesa.

—Me alegro de haber encontrado el anillo para complacerte —dijo Encantador.

—En ese caso —dijo la princesa—, me gustaría que hicieras algo más por mí. De lo contrario, nunca me casaré. Quiero que derrotes al gigante Galifron, porque insiste en que nos casemos. Lo encuentro repulsivo. Así que antes de escuchar tu propuesta de matrimonio, debes matar al gigante y traerme su cabeza.

La princesa esperaba que esto disuadiera a Encantador para poder rechazar la propuesta de matrimonio. Pero Encantador respondió:

—Muy bien, princesa Ricitos de Oro. Intentaré derrotar al gigante.

La princesa se quedó estupefacta. Intentó disuadirlo, pero fue en vano.

Encantador recogió todas sus armas y al pequeño Alegre de camino a la tierra de Galifron. Por el camino, oyeron las historias más terribles sobre el malvado gigante.

Cuando llegaron al castillo, Encantador lo llamó. El gigante se abalanzó furioso hacia él con un garrote, con el que lo habría matado si el cuervo no se hubiera posado en su cabeza en ese momento. El cuervo le sacó los dos ojos al gigante, que ya no podía ver nada a su alrededor. Esto dio a Encantador la oportunidad de cortar la cabeza del gigante. El cuervo, que se posó en un árbol cercano, dijo:

—Mira, te he ayudado y así te he pagado tu buena acción.

En el reino de la princesa Ricitos de Oro, Encantador fue recibido como un héroe.

—¡Encantador ha matado al gigante! —se gritó con alegría por toda la tierra.

Encantador llevó la cabeza a la princesa y dijo:



—Princesa, he matado a tu enemigo. Espero que no rechaces más a mi rey.

—Debo hacerlo —dijo Ricitos de Oro—, a menos que puedas traerme agua de la Cueva de las Tinieblas. La cueva está custodiada por dos dragones. El agua tiene un gran poder para los que se bañan en ella. Si eres hermoso, quedarás siéndolo. Si eres joven, nunca envejecerás. Encantador, debes saber que no podría irme de mi reino sin llevarme un poco de esa agua conmigo.

—Princesa —dijo Encantador—, eres tan hermosa que nunca necesitarás esta agua. Pero yo haré cualquier cosa por mi rey.

Encantador estaba decidido a cumplir las tareas que la princesa le había encomendado para no decepcionar a su rey. La Cueva de las Tinieblas estaba oculta en una roca terriblemente peligrosa. De repente, apareció uno de los dragones de fuego. Encantador tomó la botella que le había dado la princesa. Mientras caminaba hacia la cueva, le dijo a Alegre:

—Sé que voy a morir. Si no regreso, ve y dile a la princesa que he muerto intentando cumplir su deseo. Mientras hablaba, oyó una voz que decía:

—¡Encantador, Encantador!

Entonces vio a un búho sentado en un árbol, que le dijo:

—Tú has salvado mi vida y yo prometí pagarte. Ahora puedo hacerlo. Dame tu botella. Conozco todos los caminos de la Cueva de las Tinieblas y te traeré el agua. Encantador le dio la botella, y el búho voló hacia la cueva y regresó en menos de un cuarto de hora con la

botella llena hasta el borde. Encantador le dio las gracias profusamente y se marchó a la ciudad.

Fue directamente a ver a la princesa Ricitos de Oro, que no tenía nada más que decir. Le dio las gracias y se dispuso a acompañarlo. Por el camino, se lo pasaron tan bien juntos que a veces ella le decía:

—¿Por qué nos fuimos de mi reino? Podría haberte hecho rey, y entonces habríamos sido felices juntos.

Pero encantador respondió:

—No podría hacerlo. Creo que eres más hermosa que el sol, pero se lo prometí al rey y no puedo hacer otra cosa que cumplir mi promesa.

La boda se celebró con gran alegría en el reino. Pero Ricitos de Oro estaba tan enamorada de Encantador que no podía ser feliz con el rey. Sólo era feliz cuando Encantador estaba cerca.

Los celosos enemigos de Encantador se dieron cuenta y le dijeron al rey:

—No pareces celoso, pero, ¿no ves como la reina mira a Encantador y se entretiene con él todo el día?

—Pues ahora que lo pienso, creo que tienen razón —dijo el rey—. Que lo encadenen de pies y manos y lo metan en la torre.

Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Alegre venía todos los días a consolar a Encantador y le traía todas las noticias.

Cuando Ricitos de Oro se enteró de lo que el rey le había hecho a Encantador, le suplicó que lo liberara. El rey comprendió que ella amaba a Encantador y eso lo

enfureció tanto que ella comprendió que suplicar ya no servía de nada.

El rey pensó que a Ricitos de Oro no le parecía lo suficientemente guapo. Entonces pensó en el agua que Ricitos de Oro había sacado de la Cueva de las Tinieblas. La botella estaba en un estante de la habitación de la reina. Hubo un día en que una criada, mientras limpiaba

el polvo de la estantería, golpeó accidentalmente la botella, haciendo que se rompiera en el suelo.



El agua de la botella del rey estaba llena de veneno. Se utilizaba para envenenar a los enemigos del reino.

Así que una noche, el rey cogió la botella y se lavó la cara con el agua. Luego se durmió y no

volvió a despertarse.

Alegre fue el primero en enterarse de lo ocurrido.

Corrió a buscar a la princesa Ricitos de Oro. Juntos, corrieron directamente a la torre para liberar a

Encantador. Entonces, Ricitos de Oro le puso una corona en la cabeza y le colgó un manto real sobre los hombros.

—Encantador, quiero casarme contigo —dijo.

Encantador se arrojó a sus pies y le dio las gracias.

Todo el mundo estaba encantado de que se convirtiera en rey. La boda, que se celebró inmediatamente, fue la

más bonita que se había visto nunca, y el príncipe Encantador y la princesa Ricitos de Oro vivieron felices para siempre.